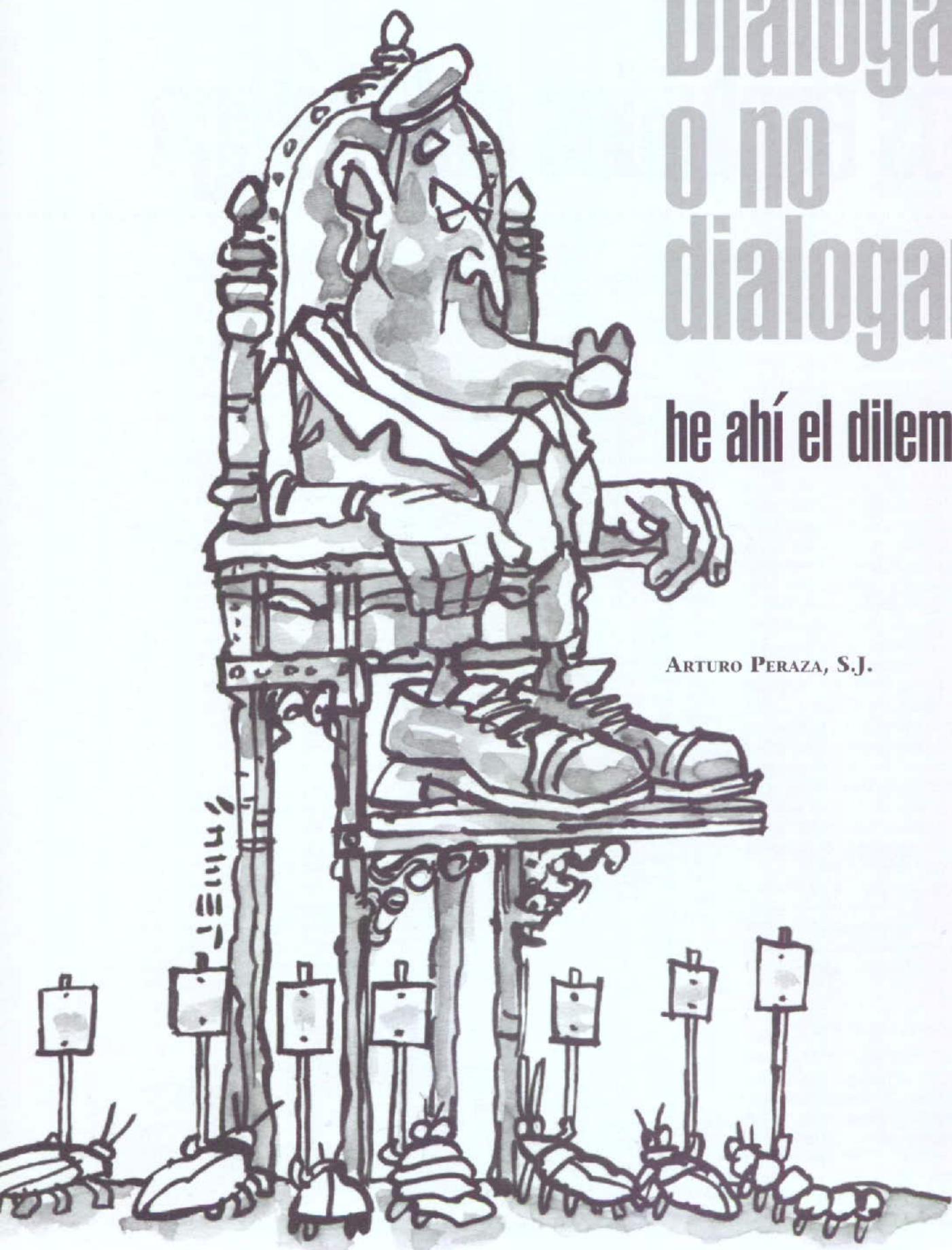


# Dialogar o no dialogar,

he ahí el dilema

ARTURO PERAZA, S.J.



**No se puede dialogar  
si no se reconoce al otro  
como sujeto y si no  
se está dispuesto a llegar  
a una transacción.**

**Descubrir nuestros  
acuerdos y desacuerdos  
puede ser un paso importante  
en el diálogo social.**

**Descalificarnos no nos  
ayuda en nada.**

**D**asta no ser ciego ni sordo, para darse cuenta que el gobierno tiene un serio problema de gobernabilidad. Este problema nace de la incapacidad del gobierno para dialogar con los otros actores del proceso político venezolano. Dialogar significa negociar. Esta palabra es vista como una traición, y por lo tanto, inviabiliza las diversas opciones de salida a la actual crisis. No se puede dialogar si no se reconoce al otro como sujeto y si no se está dispuesto a llegar a una transacción.

Por otro lado, la salida del Presidente parece ser, para algún sector político, una condición "sine qua non" para el restablecimiento del diálogo social. Esta salida ha sido planteada públicamente, ya sea a través de un juicio, de una huelga general que traiga por consecuencia la renuncia del Presidente, la desobediencia civil, o un referéndum que en el fondo sería más bien una revocatoria de mandato. En todo caso, parece que si el Presidente saliera nuestros problemas encontrarían caminos de solución. A juicio de quien escribe la salida del Presidente de manera inconstitucional e incluso no electoral puede empeorar, más que ayudar en la actual situación.

Haber presentado un pacto para la gobernabilidad que habla de respeto y diálogo, en medio de imágenes y slogans que desdecían de esta intención no es más que una burla. Eso no es diálogo, aunque los elementos contenidos en ese pacto sean temas fundamentales sobre los que hay que basar el diálogo político y social.

Parece que los venezolanos no queremos dialogar, que queremos medirnos por la fuerza y esto tiene historia en nuestro país. En el año de 1857 el entonces Presidente, General José Tadeo Monagas, creyéndose dueño y señor de la vida política del país, modifica la constitución en un intento de afianzar su régimen persona-

lista. Para enfrentar este hecho, se unieron dos partidos aparentemente irreconciliables: conservadores y liberales, con el único objeto de derrocar el gobierno, objetivo que logran en la revolución del 5 de marzo de 1858. La promesa del nuevo gobierno presidido por el General Julián Castro es de paz y olvido para reconstruir la nación. Fundado en el pacto de los dos grandes partidos el país podría alcanzar finalmente la ansiada paz, pero no fue así. Se apoderaron del gobierno las tendencias revanchistas que persiguieron personas afectas al régimen derrocado que a la sazón eran miembros del partido liberal, obligándolas a exilarse, entre los cuales se encontraban los generales Falcón y Zamora.

En 1858 se realiza una constituyente que presentó una de las mejores constituciones que ha tenido el país, en la cual, por cierto, se logró un grado de descentralización tal que hoy envidiaríamos. El hecho es que esta constitución, por buena que esta terminó barrida por la Guerra Federal que estalló a solo dos meses de su entrada en vigencia. Triunfó la revancha política, la falta de diálogo entre los actores y se impuso la guerra.

Hoy nos vemos delante de una situación similar. Bandos en pugna, sin verdadero deseo de diálogo; posibles brotes de violencia generalizada; desconocimiento del otro como interlocutor. Si bien la situación venezolana no es igual a la de 1859, las consecuencias de lo que estamos sembrando pueden ser tan nefastas como las que resultaron de la guerra federal.

Un escenario ante el cual nos enfrentamos es "la vuelta de los dinosaurios". Volver atrás la historia, tal cual se pretendió en 1858. Volver al control político de los partidos en cenáculos cerrados. No es un escenario deseado por la sociedad civil, pero